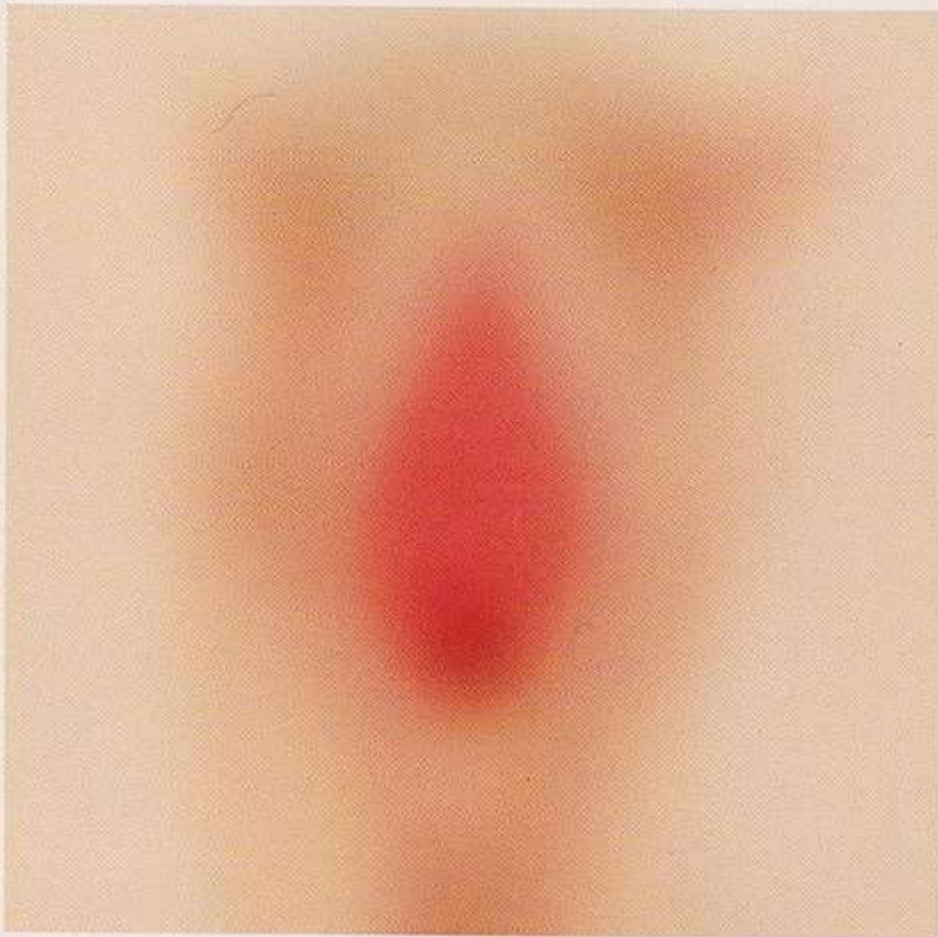


Mario Bellatin

Damas chinas



Un ginecólogo combina el pulcro ejercicio de su profesión con visitas regulares a prostíbulos. Un niño con una cabeza de dimensiones algo anormales le cuenta al ginecólogo la historia de una vieja tocada con una corona, mientras aguarda a su madre en la sala de espera. No hay espacio ni tiempo, sino únicamente acontecimientos pasados narrados en un presente distante, lejano, en el que se articulan los recuerdos de las relaciones entre individuos y el vacío que éstas conllevan: la relación del ginecólogo con su mejor, con su trabajo, con sus hijos, con las pacientes, con un niño, con sus amantes, con la enfermedad, con el dinero, con los propios padres...

Una vida narrada desde el escepticismo, donde la ausencia de juicios mantiene al lector en vilo, intentando captar el sentido del universo, los miedos y las glorias. La exposición directa, sin sentimentalismos de ningún tipo, sin acción, deja al lector sin asideros. Una novela misteriosa y perturbadora, un exponente más de la literatura silenciosa en la que el diálogo entre personajes y la presencia del narrador han desaparecido, como también el pasado. Con un estilo austero y depurado, de una belleza fría y enigmática, Mario Bellatin intriga y sorprende al lector, sin desvelar los misterios que envuelven a los personajes. Las pinceladas que componen este libro, que no sigue ningún orden lógico ni cronológico, se aclaran dentro del mismo desorden, al igual que lo marginal, amoral y extravagante de este mundo se entiende en relación con la cotidianidad y la normalidad. No hay rastro de conmiseración, solo un vacío existencial donde la imaginación se presenta como la única vía liberadora posible.



Mario Bellatin

Damas Chinas

ePub r1.0

Titivillus 17.02.17

Título original: *Damas chinas*

Mario Bellatin, 2006

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



... así también están forzados a entregar
a los padres sus cuerpos muertos.

Efecto invernadero

I

Cada vez que ingreso al consultorio me hago las mismas preguntas. Mirar la mesa de metal, con las cintas de cuero colgando de sus lados, hace que me cuestione si estoy realmente interesado en recibir a la docena de pacientes que diariamente llena mi consulta. El constante trato con mujeres parece haber modificado mi carácter. Siento que tocar sus cuerpos sólo con fines médicos deforma de algún modo mis deseos. De otra manera no entiendo por qué a mi edad necesito tanto acudir a los salones de masajes, ni por qué detengo el auto cuando veo a una muchacha caminando por alguna zona oscura de la ciudad. Rara vez me hacen caso, aunque hay ocasiones en que aceptan subir y dar una vuelta. Las suelo llevar a tomar una copa en un lugar discreto, o estaciono el auto frente a la orilla del mar. Esos encuentros suelen terminar en uno de los tantos moteles que alquilan por horas sus habitaciones. Nunca llevé a ninguna al consultorio: el olor clínico y el recuerdo de las escenas médicas que allí se han desarrollado, anulan desde el principio cualquier entusiasmo. Por eso he rechazado a las pacientes que me han hecho insinuaciones. También, a una enfermera que me habló de cosas impropias pocos días después de haberla contratado. La despedí antes de que cumpliera su primera semana de trabajo. Prefiero las experiencias anónimas. No son más que aventuras de escasa duración. Casi siempre se propician al salir del consultorio. Otras tienen lugar en las primeras horas de la tarde. No me puedo exceder y olvidar el reloj. A pesar de que mi esposa no está pendiente de mis horarios, no quiero que comience a albergar ninguna sospecha sobre mi comportamiento.

Hace ya mucho tiempo que he dejado de preguntarme lo que siento realmente por mi esposa. Parece que estoy demasiado acostumbrado a su presencia. Creo que al momento de casarnos no calculé como es debido el asunto de las edades. Mi esposa es dos años mayor, hecho que carece de importancia cuando se es joven. Sólo cuando comenzó la maternidad y la crianza de los hijos, se fueron haciendo visibles los años que nos separan. En algunas reuniones les cuento a otros hombres mis aventuras en la calle. Al principio me hacían caso, algunos incluso me preguntaban por los detalles. Sin embargo, de un tiempo a esta parte noto que evitan el tema. De muchos, conozco una que otra lejana experiencia. Ahora parecen preferir la tranquilidad del hogar. Durante los inviernos organizan almuerzos a los que invitan a sus hijos y a sus nietos. En el verano suelen pasar los fines de semana en sus casas de playa sin preocuparles mayormente lo que ocurre en el exterior. Con mi esposa llevamos una vida semejante, aunque en los primeros años de matrimonio intentamos establecer una rutina algo mundana. La primera casa, por ejemplo, la compramos porque el área social era bastante atractiva. Contaba con dos salas espaciosas y una terraza con vista a un cuidado jardín. Que los dormitorios fueran un tanto incómodos, o que no contáramos con espacios privados cuando nacieran los hijos, no nos

importó demasiado. En esos años, dedicábamos buena parte de nuestro tiempo a planificar cócteles y fiestas. Cuando mi esposa salió embarazada decayó en algo nuestro ritmo, pero inmediatamente después de dar a luz se hizo cargo de nuestra hija una niñera calificada.

He tenido dos hijos, uno de los cuales está muerto. La mayor se casó con un joven industrial, que parece estar satisfecho con el matrimonio. Tienen a su vez dos hijos, que me han convertido en abuelo. Pero, pese a las apariencias, noto que mi hija no está contenta con su situación. La siento nerviosa buena parte del tiempo. No creo que nadie lo advierta. Tal vez yo sea el único. Quizá deba esa percepción a los años que llevo como profesional. Al hecho de haber visto las reacciones de las mujeres ante distintas circunstancias. Cuando diagnostico que la protuberancia que aparece en el pecho puede ser maligna, cuando propongo una operación o cuando señalo que la criatura que está por llegar quizá tenga problemas al momento del parto, me enfrento a respuestas que a muchos dejarían con la boca abierta. No creo que mi hija pueda hacer mucho para remediar aquel estado. Tal vez le sirva de ayuda dedicarse a la crianza de sus hijos. Sé, además, que se toma un tiempo para seguir un curso de fotografía. Incluso me ha hecho algunas fotos. En una de ellas llevo el mandil blanco que utilizo cuando atiendo en la consulta. En fin, mi hija me ha dado una que otra alegría, pero de quien me es difícil hablar es de mi hijo menor. No sé qué sucedió durante su formación. Tal vez no hice caso a los síntomas que comenzaron a aparecer cuando aún era un adolescente. Recuerdo que empezó a presentarse en la casa con magulladuras en el cuerpo. Podía tratarse de una herida en la frente, algún rasguño en los brazos o una cojera pronunciada.

La seguridad económica la conseguí relativamente pronto. Aparte del consultorio con el que contaba, en cierto momento de mi carrera me asocié con otros médicos. Juntos, fundamos una clínica. En esa época nos mudamos de casa. Nos convenía un barrio más apartado y de mayor clase. Mi esposa fue quien se encargó de los pormenores. La nueva casa era tan grande, que cada miembro de la familia contaba con sus propios ambientes. Mi esposa decoró una sala para que mis hijos recibieran a sus amigos. Estaban entrando entonces en la adolescencia, y creo que los hechos que definieron sus caracteres ocurrieron entre esas paredes. Todo parecía marchar bien, aunque yo había comenzado hacía un tiempo a sufrir una especie de crisis relacionada principalmente con mi trabajo. Cuando era estudiante, la medicina absorbía todo mi tiempo. Mi mayor deseo en ese entonces era llegar a ejercer sin preocupaciones mi profesión. Me parece importante aclarar que soy hijo natural. Mi madre tenía un carácter severo y mi padre, un médico famoso, estaba casado a su vez con una mujer con la que tenía tres hijos. Tal vez para demostrar que ni ella ni yo éramos menos que nadie, mi madre dedicó toda su energía a prever mi futuro. Me matriculó en colegios de prestigio y se preocupó por cada aspecto de mis estudios universitarios. Fue mi madre quien me instaló el primer consultorio. Luego comenzó el ascenso. Se inició con el matrimonio ventajoso que contraje: mi esposa pertenecía a una familia de renombre. Siguió con el cambio de consultorio a otro en una zona de más categoría. Vino después la compra de la primera casa, y cosas de ese

estilo. Pero, hasta ese momento, mi vocación de médico era lo más importante. Ni mi boda ni el nacimiento de mi hija podían competir con la satisfacción de atender un parto o de intervenir quirúrgicamente a una paciente. Sin embargo, de pronto algo cambió. En determinado momento no quise seguir avanzando. Eso ocurrió precisamente cuando mis colegas me propusieron fundar la clínica. Por alguna razón desconocida, empecé a pensar que seguir adelante podía poner en peligro mi vocación. Recuerdo que en esa época disfrutamos con mi esposa un viaje de vacaciones. Recorrimos las islas más importantes del Caribe. Creo que apreciar la forma en que mi esposa disfrutó de ese crucero me llevó a olvidar mi deseo de quedarme con lo que había conseguido hasta entonces. A nuestro regreso, firmé de inmediato el trato con los demás médicos.

Inicié de ese modo otra etapa en mi carrera. Es cierto que había disminuido mi vocación inicial, pero a pesar de todo seguí asumiendo mi oficio como un reto constante. Durante ese periodo nació mi hijo, participé en varios congresos en el extranjero, y con toda la familia hicimos más de un viaje de placer. Ese sistema continuó hasta cuando mis hijos crecieron. Dejó entonces de parecerme interesante también asumir mi profesión como una prueba que debía ir superando a cada momento. Advertí, con una especie de pánico, que comenzaba a ejercer la medicina de un modo casi mecánico. Con algo de esfuerzo traté de reprimir el temor que esta situación me empezó a causar. A partir de ese momento continué como si de veras estuviera comprometido con cada caso que se me iba presentando. Esta actitud no sólo logró darme cierta calma sino que, extrañamente, provocó que mis preocupaciones empezaran a centrarse en el aspecto externo de mi persona. Lo único que me comenzó a importar realmente era estar envejeciendo. Empecé a notar la edad no sólo viéndome a mí mismo. Allí estaba la constante presencia de mi esposa para recordarme que dejaba de ser un hombre joven. A partir de ese momento puse especial cuidado en mi forma de vestir. En esos años la moda experimentaba cambios importantes. Me tentó seguirla estrictamente, pero mi modo de vida me impedía alejarme del todo de una imagen un tanto clásica. Apenas me dejé crecer unos centímetros las patillas, y adopté el uso de blancos y colores pastel. Me viene a la cabeza un hecho especialmente desagradable, que me sucedió durante un bautizo al que había sido invitado con mi esposa. Era sábado. Aquellos días visitaba la clínica en las mañanas, para realizar una revisión de rutina a las pacientes internadas. Esa vez tuve que hacerle una pequeña intervención a una mujer a la que había operado recientemente. Como se trataba de un caso simple, no me cambié de ropa para atenderla. Cuando llegamos al bautizo, una amiga de mi esposa hizo notar que una pequeña mancha de sangre aparecía en el pantalón blanco que me había puesto en esa ocasión. Traté de no darle importancia al asunto, pero la amiga insistía en preocuparse por la supuesta herida que me había hecho en la pierna. Parecía incapaz de establecer la relación entre mi profesión y la mancha. Muchos de los invitados miraron con detenimiento, y estoy seguro de que la mayoría intuyó al instante la verdad.

En ese entonces mi vida se reducía al simple hecho de dirigirme diariamente a la clínica o al consultorio. Por ese tiempo tuve mi primera aventura. Sucedió con una mujer que encontré delante de la cochera del edificio donde atiendo. Mi consultorio está situado en un moderno edificio, donde ejercen los médicos más prestigiosos de la ciudad. Cuenta con grandes ventanas de vidrios polarizados, lo que me permite ver desde mi escritorio el sol poniéndose en el horizonte. Consta de varios ambientes. Dispongo por eso de una pequeña sala donde realizo intervenciones menores. Como es habitual, aquel día me quedé en el consultorio hasta las ocho de la noche. No había tenido que tratar ningún caso extraordinario. Aquella jornada no se había distinguido de los cientos de tardes en que atiendo a una paciente tras otra. Recuerdo haber estado frente a dos mujeres embarazadas, a una que necesitaba el cambio de la T de Cobre y a tres que me visitaron para un examen general. Me estaba dirigiendo a recoger mi auto cuando vi a la mujer, de pie al lado de un poste de alumbrado público. No pensé en nada cuando me le acerqué. La saludé con miedo. Me dijo para irnos por allí. Quise aceptar al instante, pero no podía permitir que nos viera el encargado de la cochera. Le contesté que me esperara en la esquina siguiente. Mientras encendía el auto, dudé sobre lo que debía hacer a continuación. En ese momento recordé a un niño de pocos años. Había estado con ese niño la semana anterior, cuando acudió al consultorio acompañando a su madre. La madre del niño debía visitarme en forma periódica. Siempre lo hacía llevando a su hijo consigo. El tratamiento que debía seguir la paciente era aplicado por mi enfermera. Yo debía estar atento sólo por si se presentaba alguna complicación. Aquella vez el niño se sentó, como de costumbre, en el sofá de cuero negro que tengo colocado entre la sala de espera y el consultorio. Mientras la enfermera preparaba a la madre, tomé asiento a su lado. El tratamiento debía durar por lo menos una hora. El niño lo sabía. Creo que por eso me contó una larga y complicada historia, de la cual no entendí mucho.

Escuché el relato del niño tal vez porque fue la forma más fácil que hallé de llenar aquel espacio muerto que se generó en mi consulta. Lo hice hasta que apareció la enfermera y me informó que la paciente había tolerado bien la sesión. Dejé al niño sentado en el sofá y fui a examinar a la madre. Esa noche, acostado en la cama al lado de mi esposa, volví a pensar en la historia que me habían contado en el consultorio. Sólo entonces reparé en que la cabeza del niño no tenía una redondez habitual. Casi al instante lo olvidé todo. Me quedé dormido. La imagen del niño y de la historia narrada volvieron a aparecer sólo cuando estaba dentro del auto a punto de encender el motor. Al momento de arrancar, tuve la esperanza de que la mujer no se encontrara esperándome en la esquina siguiente. Era posible que algún otro automovilista ya la hubiera recogido. Pero allí estaba, con una falda amarilla y un bolso con adornos de pedrería colgado del hombro. Todo sucedió en segundos. Detuve el auto, la mujer subió y partimos. Aún recuerdo el golpe seco que hizo la puerta al cerrarse. Cuando aquella noche regresé a la casa, mi propia esposa había preparado la cena. Era tarde. Sin embargo, toda la familia estaba esperándome para sentarnos a la mesa. Se me ocurrió que, tal vez, se trataba de un día especial. Por

la inquietud que noté en las caras de mi esposa y de mi hija, supuse que algo ocurría. Mi hijo no debía estar al tanto de la situación, porque comenzó a comer con su indiferencia habitual. Mi esposa esperó hasta el momento del postre para hablar. Mi hija iba a comprometerse en los próximos días. En la sobremesa me dijeron que los preparativos para la ceremonia estaban casi terminados.

Creo que sólo después de esa boda mi esposa y yo nos dimos cuenta de la magnitud del problema de nuestro hijo. Al quedar como hijo único, su presencia se hizo más evidente. Con mucha discreción consulté el asunto por teléfono con algunos colegas. Ninguno parecía tener una idea clara de cómo afrontar el caso. Recuerdo que hice las llamadas durante la luna de miel de mi hija. Me acuerdo que fue en esa época porque mantenía todo el tiempo, en el bolsillo de la bata con la que atiendo, una tarjeta postal enviada por los recién casados. Esa tarde tuve mi segundo encuentro fortuito con una mujer. En ese entonces aún no tenía experiencia con lo que sucedía en la calle. Acudí, por eso, a uno de los tantos salones de masaje que ponen sus anuncios en los diarios. Sabía que aquellos salones eran prostíbulos encubiertos. Aquella fue la primera vez que lo constaté. Para escogerlo me guie sólo por el nombre. Después de haber visitado varios de esos lugares, sé que en aquella ocasión tuve suerte. Se trataba de un lugar discreto, limpio, con un personal joven y amable. Hubiera querido convertirme en visitante ocasional. No fue posible, porque por miedo a la policía esos lugares cada cierto tiempo son desmantelados. Me molesta, además, frecuentar dos veces a la misma mujer. Por eso combino ahora mis visitas a los salones con los encuentros en la calle. Frecuento también algunas casas de cita. Hasta hoy no he tenido problemas de mayor importancia, salvo la ocasión en que una mujer averiguó mi teléfono y mi dirección.

Nunca llegué a saber cómo logró conocerlos. Sucedió con alguien que recogí en una calle cualquiera. Tal vez encontró en el auto una de mis tarjetas de presentación. Con aquella mujer visité una playa solitaria. No la que acostumbran frecuentar las parejas. Su compañía me había dado cierta confianza. Nuestra salida, por eso, no se limitó a lo sexual. Hablamos también de algunos temas. Escogí esa playa porque en las otras había tenido molestas experiencias con sujetos que suelen espiar los autos estacionados. La mujer posiblemente revisó el interior del coche cuando bajé a comprar las latas de cerveza que me pidió, o tal vez la tarjeta se me deslizó del bolsillo. Llamó al consultorio para amenazarme con hablar con mi esposa si no le daba cierta cantidad de dinero. La dejé continuar sin responderle. Luego colgué y di la orden a la enfermera para que, ese día, no me pasase ninguna llamada más. No volví a saber de su existencia. Desconozco si alguna vez cumplió su amenaza. Mi esposa, al menos, nunca me lo ha hecho evidente. Quedé nervioso, aunque no tanto por el chantaje en sí. Lo que me preocupaba era no saber hasta qué punto podía manejar las situaciones que mi conducta empezaba a generar. En ese momento recuerdo que pensé nuevamente en la historia que me había narrado el niño en el consultorio. Sólo entonces me di cuenta de lo absurdo de su relato. Era evidente que se trataba de una invención. Más que sorprenderme la

actitud del niño, me extrañaba que no hubiera puesto antes en duda la veracidad de lo contado.

El día de la llamada de chantaje, regresé a la casa de mal humor. No tenía ganas de ver a nadie. Lo más seguro era que mi esposa me recibiera con la mesa puesta. Mi hijo, seguramente, no se encontraría presente. Había tomado la costumbre de salir antes de que yo llegara. Creo que esa conducta mejoraba las cosas para todos. Esa actitud la asumió después de cierto incidente en el que me vi involucrado. Todo comenzó un amanecer en que tocaron el timbre de la casa en forma insistente. La noche anterior había regresado temprano del consultorio. Antes de dormir vi el noticiero y luego leí un par de capítulos de un libro que acababa de salir publicado. El sueño me sorprendió con el libro entre las manos. Sentí, lejanamente, que mi esposa me lo quitaba y luego apagaba la luz. Me despertó el timbre de la puerta. Por el intercomunicador, me anunciaron que mi hijo tenía problemas. Debía ir, de inmediato, a la estación de policía. Yo creía que mi hijo se encontraba en su habitación, aunque no recordaba haberlo visto llegar la noche anterior. Lo más probable era que lo hubiera hecho después de haberme quedado dormido. Cuando fui a su cuarto encontré la cama tendida. Unos tímidos rayos de sol caían sobre una colcha de rombos. Esa mañana supe que mi hijo había hecho uso indebido de una tarjeta de crédito robada. En los días siguientes tuve que llevar a cabo algunas gestiones para que lo pusieran en libertad nuevamente. Cuando después de tres días regresó a la casa, noté que comenzaba a hacer esfuerzos para que nos cruzáramos lo menos posible.

No quiero llegar a hacer ninguna afirmación al respecto, pero he notado que muchas veces mi estado de ánimo influye en mi labor profesional. Recuerdo que cuando comencé a dudar de mi vocación, hubo una sucesión de muertes en los casos que tenía a mi cargo. Por supuesto no se trató de una relación directa. Aunque quizá existió cierta negligencia de mi parte. La primera víctima fue una madre que daba a luz. En el momento del parto era difícil saber que el niño no estaba en la posición correcta, aunque si hubiera sido más cuidadoso habría ordenado unas pruebas antes de la entrada de la paciente a la sala. El niño tampoco se salvó. El otro caso escapaba aún más a mi responsabilidad. La muerte fue ocasionada, esta vez, por un tumor que desde el principio estuvo diagnosticado como maligno. Después se dio la situación de una paciente que se suicidó al enterarse de su esterilidad por unos exámenes que le prescribí. Como puede verse, en todos los casos yo no tenía una responsabilidad mayor. Pero en mi interior sentía cierta culpa. Como si la energía que generaba mi estado de ánimo atrajera el mal hacia las mujeres que frecuentaban la consulta. Me sirve de consuelo pensar en el caso de cura milagrosa protagonizado precisamente por la madre del niño que habló conmigo aquella vez en el consultorio. Ese hecho me ayuda para equilibrar, de algún modo, mi tabla de desempeño profesional. A la madre del niño se le había diagnosticado un cáncer con ramificaciones. De ahí la frecuencia de sus visitas. Tenía que someterse a un tratamiento de quimioterapia. Como señalé, en forma invariable la paciente iba con su hijo. Parecía como si con el diagnóstico tan sombrío que llevaba encima no quisiera

separarse ni por un momento de él. En una de las tantas visitas, no recuerdo exactamente en cuál, el niño estuvo nuevamente sentado a mi lado. Pero en esa ocasión no me dirigió la palabra. Había hablado conmigo solamente una vez. Sin embargo, el hecho de estar nuevamente juntos me hizo acordar de nuevos detalles del relato escuchado semanas atrás.

No recuerdo en qué momento la enfermera interrumpió aquel largo discurso. Tampoco sé cómo el niño logró contármelo completo en un tiempo tan reducido. No creo haber añadido nada de mi imaginación. Me acuerdo de la figura vestida de blanco de la enfermera, saliendo a la antesala con los guantes de hule aún puestos. La enfermera y yo abandonamos al niño y cerramos la puerta. La paciente estaba acostada en la mesa de metal. Se encontraba cubierta con una bata ligera. Noté que había disminuido la abundante cabellera que llevaba semanas atrás. El color de la piel se había opacado hasta adquirir un tono cenizo. Tenía los ojos cerrados. En una esquina estaba colocado el armazón de hierro del que colgaba la botella de suero que acababan de aplicarle. Cuando me encontré junto a la mesa, la enfermera acercó solícita el carro con los instrumentos clínicos. Comencé a palpar aquel cuerpo. Al sentir mis manos reconociéndola, la paciente se quejó en un par de ocasiones. En ese entonces el tumor tenía aún un tamaño considerable. Era el primer examen al que se sometía la paciente después de su tratamiento inicial. Sin embargo, a pesar de su estado físico notaba que su fuerza no decrecía en forma significativa. Se esforzaba por parecer animada. Mientras esperaba su turno, acostumbraba contarle cuentos a su pequeño hijo. Dos meses después, el tumor comenzó a disminuir. Luego de unas semanas desapareció por completo. Cuando ya no lo sentí más, ordené nuevos análisis. El resultado fue negativo. Incluso hice una pequeña intervención para cerciorarme. Al poco tiempo la declaré curada y, desde entonces, viene a hacerse los exámenes sólo en forma esporádica. Como de costumbre, el niño siempre la acompaña.

Ese es uno de los casos que considero de cura milagrosa. Suelen tratarse de cuadros clínicos con todos los elementos dispuestos para determinado desenlace. Pero por razones que estoy seguro ninguno de mis colegas ha logrado hasta ahora desentrañar, en ciertas ocasiones los cuerpos enfermos presentan síntomas de mejoría completamente inusitados. En el caso de la madre del niño, las ramificaciones del tumor habían afectado incluso algunos órganos. Es posible que ciertas personas califiquen las mejoras como normales, y consideren que la ineptitud proviene de la ciencia médica. Sobre todo quienes ven la medicina como una actividad sustentada en la charlatanería. De alguna manera estoy de acuerdo con aquellas ideas. Confieso que hay cientos de funciones de los cuerpos que son un total misterio para nosotros. Pero, en los casos de las curas milagrosas, las cosas son diferentes. Llamo así a las mejorías que ocurren cuando, después de años de experiencia con cuadros similares, algunos síndromes escapan a los cauces normales. Las veces en que una de esas situaciones se presenta en mi ejercicio médico, tengo una reacción que no puedo describir con

exactitud. Me parece poco apropiada la comparación, pero es similar a la que me produce el encuentro con una mujer de la calle.

Todo comienza con una sensación en la garganta. La boca se me seca, al mismo tiempo que las manos empiezan a transpirarme de un modo anormal. A veces siento también un calambre ligero en las piernas. En ese momento nada puedo hacer para arrepentirme de las acciones que estoy a punto de realizar. Según la situación detengo el auto. Si me encuentro en un salón ordeno que paren, de inmediato, el masaje. La primera vez que visité un prostíbulo propiamente dicho, aquel estado me tomó desde el primer instante. Creo que tuvo mucha importancia el olor que flotaba en el ambiente. Mi olfato me indicó que algo definitivo iba a pasar. Experimenté con fuerza la sensación en la garganta. La boca se me secó de un modo inusitado. Mientras iba subiendo las escaleras que conducían a los cuartos, empecé a sentir húmedas las manos. Al ver aquel largo pasillo, con las mujeres esperándome delante de sus puertas, tuve que detenerme unos momentos. Sólo después de unos minutos me pude restablecer. Seguí caminando. Acepté a la primera que se me ofreció. Volví varias veces al lugar. Lo hice hasta probar a casi todas las mujeres que trabajaban allí. Para visitarlo tuve que inventar en mi casa falsas pacientes y operaciones ficticias que debía atender. Pero a medida que las citas aumentaron, las sensaciones en la garganta, en la boca y en las piernas comenzaron a disminuir. La última vez fue como entrar en mi propia casa. Por eso busqué otros lugares. Averigüé unas direcciones cercanas al puerto. Las incursiones iniciales fueron perfectas. Se trataba de locales donde la poca luz imperante hacía casi imposible la visión. Todo estaba en penumbras. Era apenas posible intuirse los cuerpos, que se desplazaban entre los salones y los minúsculos cuartos donde las mujeres recibían. Supe que los clientes eran casi todos marineros eslavos y orientales. En ese lugar los olores y los ruidos eran más penetrantes que en los locales que había visitado hasta entonces. Cada una de las mujeres contaba con una radio a transistores, que mantenían todo el tiempo encendida con el volumen puesto en el mínimo. Sé que existen otros prostíbulos aún de menor prestigio, pero no quisiera caer en la tentación de visitarlos.

Cuando regresaba a mi casa después de esas visitas, pensaba a veces en la inusitada conducta de mi hijo. Desde el primer momento traté de mantenerme inflexible frente a su comportamiento. Esa actitud respondía, creo yo, a la forma que tenía de percibir la vida en ese entonces. En cambio ahora puedo entender la existencia de cierto tipo de degradación, que quizá me hubiera servido conocer antes para ser un mejor padre. Entre otras cosas aún peores, sé de hombres que se hacen golpear por las mujeres o que piden incluso que les orinen en la espalda. Todo esto lo he escuchado a través de los improvisados tabiques de madera que suelen separar los pequeños espacios. Cierta vez una mujer me pidió que le hiciera cosas extrañas con el pie. Recuerdo que en la estación de policía en la que detuvieron a mi hijo —a la que acudí con la bata aún puesta—, vi en algunos de los demás detenidos características similares a las que he vuelto a encontrar en estas visitas. Acostumbro llamar a aquellos hombres como los sujetos del lado oscuro que, quisiera creer, ni mi hijo ni yo estábamos en la

obligación de frecuentar. Pero, aunque en distintas circunstancias, tanto mi hijo como yo parecíamos destinados a observar muy de cerca una faceta que muy pocos llegan a conocer realmente. Sin embargo, pese a comenzar a intuir todo esto, en nuestro trato cotidiano nunca dejé de mostrarme intransigente. La razón puede ser que, mientras estuvo vivo, mi hijo se convertía cada día en un problema mayor. No sólo para él mismo sino, sobre todo, para los demás. Aunque mi esposa trate de ocultármelo, sé que también pasó por situaciones difíciles. Una mañana en que regresé repentinamente a la casa por haber olvidado mi maletín, encontré que mi hijo acababa de volver después de una noche de ausencia y con amenazas exigía dinero para volver a salir. Hubiera querido no ser testigo de la escena. De inmediato introduje la mano en mi bolsillo, y puse algunos billetes en las manos de mi esposa. Subí luego al segundo piso para recoger el maletín olvidado.

No entiendo por qué precisamente ahora me acuerdo de un hecho en particular. Cuando estaba por cumplir los cincuenta años, comencé a frecuentar un nuevo grupo de amigos. El modo como se comportaban y tomaban la vida me hizo pensar en la posibilidad de adoptar conductas ajenas a mi rutina. Algo así como lo que me ocurrió cuando empecé a sentirme avejentado y quise cambiar mi vestuario. Recuerdo a un integrante del grupo en especial. Tenía unos diez años menos que yo. Era dueño de una fortuna apreciable. Aquel personaje pareció interesarse desmedidamente en mi familia. Aparte de conversar por teléfono conmigo todos los días, mandaba regularmente flores y chocolates a mi esposa y a mi hija. En ese entonces mi hija acababa de terminar la escuela secundaria. Dudaba sobre qué rumbo darle a su vida. Ese hombre solía invitarnos a las fiestas que organizaba en una casa situada en las afueras de la ciudad. En esas reuniones, yo solía dejarme ir en un mar de sensaciones. Permitía que la música y la marihuana tomaran mis sentimientos. Con respecto a la marihuana, al principio tuve ciertas dudas, aunque después de un par de fiestas fumé como los demás. Incluso llegué a probar hachís en una pipa hecha en Oriente. Mi esposa se mostraba, en esas reuniones, algo desorientada. Hablaba sin medida con el primero que se le pusiera delante. Una de las fiestas que organizó aquel sujeto, a quien por cierto nunca más volví a ver, terminó en una situación algo extraña. La mayoría de los invitados nos encontrábamos en la sala cuando de pronto mi hija apareció con la cara bañada en lágrimas. Al verla, los demás invitados suspendieron por un instante sus acciones, aunque bastaron pocos minutos para que volvieran a desenvolverse como antes. El único punto discordante fue mi hija, que comenzó a ser consolada por mi esposa. Le ponía encima mi saco, que había dejado en la entrada al momento de llegar. Supe que era hora de retirarse. Me les acerqué, las rodeé con mis brazos, y salimos de la casa sin despedirnos de nadie.

Otro recuerdo particular que guardo de mis hijos es el de la tarde que los llevé al zoológico. Fui yo solo con los dos. Aunque nuestros hijos nunca nos los exigieron, en la casa no habíamos permitido nunca la presencia de animales domésticos. En aquella visita, quedaron deslumbrados ante la cantidad de jaulas. Lo que tenía planeado como un paseo de una hora se transformó en una caminata que se prolongó

hasta el momento de cierre. Ese día constaté, por primera vez, que mis hijos tenían gustos diferentes. Mientras mi hija se inclinaba por las aves, a mi hijo parecían llamarle la atención los reptiles. Me pude dar cuenta, también, de que eran valientes. No temían introducir sus pequeñas manos entre los barrotes. Es cierto que nos encontrábamos en la zona de los animales inofensivos, pero ellos no tenían forma de saberlo. Compré allí mismo varios paquetes de alimento especial, que dieron sin cesar a los elefantes y a los monos. En el camino a casa, no dejaron de hablar de lo que habían visto ese día. Cuando llegamos, le contaron a mi esposa todos los pormenores. Hablaron de las formas de los animales, de los sonidos que emitían. También le hicieron una descripción de cómo estaban distribuidas las jaulas. En los días siguientes, continuaron refiriéndose al zoológico con el mismo afán. Por alguna razón, estuve atento a esos relatos y pude notar, con una especie de tristeza, cómo con el correr del tiempo el entusiasmo de mis hijos iba disminuyendo gradualmente. Un día, de pronto, desapareció por completo. Nunca volvieron a mencionar el paseo, y nunca más tampoco me pidieron que los llevara. Aquel desinterés llegó a afectarme. Sin embargo, no quise intervenir. No volví a mencionar el asunto. Recuerdo que algunas imágenes de aquel paseo regresaron a mi mente en ciertos puntos del relato que me fue contando el niño en el consultorio.

Cuando el niño terminó de relatarme su historia, fijé mi vista en el sofá donde se encontraba sentado. El color había sido escogido por mi esposa, quien, como de costumbre, había cuidado esa compra en todos sus aspectos. Cuando lo adquirimos visitamos varias tiendas hasta que hallamos lo que tenía en mente comprar. En general, mi esposa acostumbra entregarse de ese modo a sus actividades cotidianas. No sé si lo hace con la intención de sentirse a salvo detrás de un papel establecido o si realmente siente que debe llegar hasta el final en sus empeños. Por ejemplo, aparte de su rutina habitual reserva un día a la semana para trabajar como voluntaria en un hospital con el que guardo relación. Durante esas jornadas, ayuda de manera intensa a las enfermeras del pabellón de los pacientes quemados. También se encarga de la celebración de la fiesta de Navidad en mi propia clínica. El año pasado tuvo la idea de hacer un nacimiento viviente utilizando como personajes a los empleados del área administrativa. Sin que nadie lo advirtiera, había realizado desde meses antes una serie de visitas para seleccionar secretamente a los integrantes de la celebración. Llevaba siempre consigo una libreta donde iba anotando los resultados de sus pesquisas. A veces, en las noches, la veía revisando sus apuntes y cambiando unos nombres por otros. A finales de septiembre, hizo pública su elección. Tuvo que convencer a los que no querían participar. Sólo cuando obtuvo la aceptación de todos, comenzó con los ensayos. Antes les anunció que se había reservado el papel del arcángel Gabriel. Tenía incluso ya listo su vestuario. Lo había mandado hacer donde su costurera de confianza, quien le había acondicionado un par de alas que se movían gracias a un mecanismo adosado a su meñique derecho. Desde una de las ventanas interiores de la clínica, comencé a ver a mi esposa mientras dirigía los ensayos. Parecía ser exigente, pues amonestaba enérgicamente a los integrantes que no cumplían adecuadamente con su papel. Mi esposa no fue el único miembro de la

familia involucrado en el proyecto. Aprovechó las clases que estaba siguiendo mi hija para pedirle que hiciera algunas fotos. Su trabajo no se limitaría a retratar el nacimiento cuando estuviera listo, sino que debía llevar un registro gráfico de todo el proceso. Una vez que la representación terminó, mi esposa guardó las fotos en un álbum y me prometió que al año siguiente no se repetirían algunos pequeños errores que aseguraba se habían cometido.

Esa representación fue una de las cosas agradables que vivimos aquellas navidades. La cena de Nochebuena la pasamos solos mi esposa y yo. Mi hija, su marido y mis nietos debían cenar con mis consuegros. Por su parte, mi hijo no apareció en esos días por la casa. Su ausencia significó, de alguna manera, la liberación de una carga. Creo que no hubiera tenido la fuerza necesaria para soportar, ante su presencia, el intercambio de sentimientos que se propicia en esas fechas. A las doce nos abrazamos. Algunos amigos nos llamaron por teléfono. Luego de la cena nos fuimos a la cama. Antes, nos entregamos nuestros regalos. Mi esposa me había pedido una joya, separada por ella misma con anticipación, y yo recibí el par de corbatas que me regalaba todos los años. Esa noche dormí profundamente. De manera extraña, me levanté casi a media mañana. Desde que era joven no dormía tanto. Mi cuerpo se había acostumbrado a estar de pie antes de las siete de la mañana. Me alarmé ligeramente al ver el tono de la luz que entraba por la ventana. Mi esposa se encontraba en la planta baja. Hubiera debido ir a la clínica para revisar a unas pacientes, pero una sensación agradable me hizo permanecer en la casa. Después de darme una ducha, avisé a la clínica sobre mi ausencia. Pedí que me mantuvieran al tanto de cualquier novedad. Vestido solamente con la bata de levantar fui a la sala de música. En uno de mis últimos viajes había comprado un disco con una selección especial de mambos. Lo coloqué, y me dediqué a escuchar aquella música oída en tantas ocasiones. Al momento apareció mi esposa con una bandeja. Se le notaba de buen humor. Ensayó algunos pasos de baile y me preguntó, en tono nostálgico, si me acordaba de la época en que ofrecíamos fiestas casi todos los fines de semana. Le dije que sí. Pero añadí, un poco fuera de tono, que no añoraba ese tipo de vida. Luego de escuchar la música cerca de una hora, mi esposa interrumpió la sesión diciéndome que debía vestirme porque no tardarían en llegar mi hija y su familia para celebrar todos juntos. Me puse de pie, apagué el equipo y subí al segundo piso. Escogí una camisa sport amarilla con rayas blancas, un pantalón beige y unos zapatos de lona celestes.

Me sorprende que haga, precisamente ahora, una descripción tan minuciosa de mi vestuario. De joven casi no me daba cuenta de lo que llevaba puesto. Era mi madre, quien tenía unos gustos bastante espartanos, la que decidía qué ropa debía usar. Curiosamente, el niño que me contó su historia en el consultorio también llevaba puestos unos zapatos celestes. En determinado momento, los subió sobre el sofá. Noté que se trataba de zapatos deportivos. Uno se encontraba desanudado. Cuando los bajó, quedaron las huellas sobre la superficie negra. No sé si aquellas huellas fueron adquiriendo en mi cabeza alguna significación en particular, pero decidí deshacerme del sofá una semana después de

declarar curada a la madre del niño. Habían transcurrido cerca de diez años desde que lo había comprado. Me parecía un periodo de vida más que suficiente para cualquier mueble. Le comuniqué la decisión a mi esposa. Estuvo de acuerdo. Añadió que se encargaría de que lo fueran a recoger al día siguiente, siempre y cuando no quisiera esperar a tener antes uno nuevo. Lo más razonable hubiera sido aguardar, sin embargo mi esposa sabe de mi vehemencia luego de tomar cualquier decisión. Sospechó que no soportaba el sofá un día más. Cuando le pregunté lo que haría con él, me contestó que lo pensaría luego. No es que quiera parecer mezquino, pero el cuero todavía se encontraba en buen estado. Lo más seguro era que mi esposa lo regalara a la primera persona que estuviera dispuesta a aceptarlo. A alguien del servicio doméstico, o a alguna de las enfermeras a las que ayuda en el hospital de quemados. En ese tiempo, yo no había terminado de recorrer aún una casa de citas situada en el desvío de una carretera. La patrona hubiera estado feliz con aquel sofá. Le hacía buena falta. Su mobiliario estaba bastante desvencijado. Aunque, tal vez, no fuera recomendable aparecer en ese tipo de casas con un regalo de tal magnitud. Quizá a partir de entonces me cobrarían tarifas más altas que las habituales. Lo sospechaba porque a esas mujeres se las notaba bastante necesitadas de dinero. No sólo cobraban por adelantado, cosa que jamás sucedía en los salones de masajes, sino que algunas veces aprovechaban cualquier descuido para revisar mis bolsillos. Menos mal que antes de hacer uso de esos servicios suelo averiguar con precisión las tarifas. Siempre guardo, además, una cantidad ínfima de dinero que pueden robarme con libertad. Aparte de la sensación en la garganta y en las piernas, otra cosa que he notado durante mis furtivas visitas a esas casas es mi creciente ansia por fumar. El tabaco nunca ha sido mi vicio. Es más, en una época lo rechacé abiertamente, y las contadas ocasiones en que fumé marihuana tuve serios problemas con el humo.

En realidad, hubiera querido obsequiarle el sofá a cualquiera de las patronas que conocía. Aunque no habría sabido cuál de todas se lo merecía realmente. He dicho que pensé dárselo a la mujer que regentaba el local que entonces frecuentaba. Pero, aparte de ser el lugar donde en esa época pasaba unas horas a la semana, no había ninguna otra razón para que aquél fuera el sitio elegido. En la mayoría de las casas he recibido buen trato. Aunque, algunas veces, he pasado por situaciones que podría calificar como bruscas. Tengo cincuenta y ocho años, he perdido algo de pelo, he aumentado de peso y visto con discreción. No sé si será mi edad o mi aspecto lo que hace que me respeten, en la forma como lo hacen, las personas que trabajan en esos lugares. Aunque una tarde, creo que esto sucedió el invierno pasado, estuvo a punto de producirse un altercado de ciertas proporciones. Yo había llegado a una casa ubicada en un barrio cercano a los cementerios de la ciudad. Como de costumbre, disponía de poco tiempo. Había arreglado con la patrona para que siempre me tuviera alguna mujer distinta en el horario pactado. Las primeras veces que visitaba cualquiera de esas casas le aseguraba a la patrona que iría con frecuencia, siempre y cuando me reservara un turno temprano en la tarde. De esa forma dejaba a mi esposa en la sobremesa y podía empezar a atender mi consulta al atardecer. Contaba, de ese modo, con

un par de horas en las que mi paradero era un verdadero misterio. La tarde del incidente llegué a las tres. La patrona me recibió y, de inmediato, me guió hasta un patio donde se habían construido dos cuartos prefabricados. Antes de irse me pidió que me relajara. La mujer elegida no tardaría en aparecer. Me senté en la angosta cama y busqué mis cigarrillos. Encima del colchón habían extendido tan sólo una sábana. La olí y comprobé que estaba limpia. Cuando miré con atención otros elementos del cuarto, advertí que la patrona se había esmerado en recibirme.

En un rincón del cuarto descubrí una batea llena de agua, y a su lado un jabón a medio usar. También una toalla pequeña y un rollo de papel de baño. Me disponía a desnudarme cuando escuché a unas personas que iban acercándose. Parecían estar discutiendo. Pude distinguir las voces de un hombre y una mujer. También la de la patrona. El hombre profería amenazas, que empezaban a ser dichas en medio de groserías. Me levanté rápidamente de la cama. Una vez que estuve de pie, apagué el cigarrillo y me arreglé la corbata. Me puse luego el saco, que en todo momento había mantenido sobre el brazo. Sentí miedo. Lo que sucedía afuera parecía perfilarse como una situación que me sería imposible de manejar. Me quedé inmóvil al lado de la puerta, atento al desarrollo de los sucesos. Las tres personas discutían en el patio, justo delante de la habitación donde me encontraba. Parecía que aquel hombre era el marido de la mujer, y que acababa de descubrir el tipo de actividad a la que su esposa se dedicaba. La mujer lloraba, negaba que fuera una prostituta, y le pedía a la patrona que la defendiera. Curiosamente, la discusión terminó de pronto. Repentinamente se hizo un silencio absoluto. Escuché, luego, un atisbo de voces pero ya a una considerable distancia. Cinco minutos después, la patrona abrió la puerta para decirme que no me preocupara, que se había tratado de un asunto sin importancia. Añadió que la mujer no tardaría en aparecer. Mientras hablaba, entró al cuarto para comprobar si todo estaba en orden. Revisó la batea, el jabón, la toalla y el papel. Los cambió de lugar, colocándolos en el mismo orden pero en la otra esquina. Me dijo luego que me quitara el saco y me recostara. Poco después de que saliera del cuarto, entró la mujer prometida. A pesar de su turbación, hacía esfuerzos por mostrarse contenta. Al empezar a abrirse la blusa, noté que le temblaban los labios y que sus manos se movían en forma nerviosa. Pese a todo, luchaba por mantener la sonrisa. No soporté la situación. Me coloqué nuevamente el saco y, sin ningún remordimiento, salí en silencio del cuarto.

Mientras me dirigía al consultorio, a través del parabrisas del auto pude ver cómo la ciudad cambiaba de aspecto a medida que me alejaba de la zona donde estaba ubicada aquella casa. Pese a lo sórdido del incidente, noté que había existido algo luminoso en el empeño de la mujer por ocultar la situación. Parecía una experta en ese tipo de conductas. El temblor en sus labios y el movimiento un tanto nervioso de las manos hubieran podido ser tomados incluso como las manifestaciones de cierta excitación sexual. Quizá por eso la rechacé, porque estoy demasiado acostumbrado a las mujeres que ejecutan mal los papeles que quieren representar. Esas características, las propias de las mujeres que no

pueden disimular, las veo habitualmente en la mayoría de pacientes que visitan el consultorio, en mi hija cuando hace esfuerzos por ocultar su descontento, y en mi esposa al intentar que pasen por naturales todos los aspectos de nuestra vida en común.

Después de la ocasión en que tuve que apreciar a mi hijo exigiendo dinero a mi esposa, curiosamente comenzó en la casa un periodo de relativa calma. Sin embargo, pasado ese tiempo me enteré de algo inquietante que mi esposa había estado callando. Mi hijo había averiguado la combinación de la caja fuerte donde se guardan las joyas. Creo que no lo he mencionado, pero a mi esposa le interesan las joyas de una manera particular. No tanto lucirlas como la forma de obtenerlas. Suele utilizar medios poco habituales para conseguirlas. Pasa mañanas enteras entre los puestos de los mercados de los suburbios. Acostumbra encontrarlas entre un sinnúmero de piezas de fantasía. A lo largo de los años, ha aprendido una serie de modalidades para reconocer al instante una pieza auténtica. Cuenta, incluso, con una lente de joyero que lleva consigo las veces que emprende sus búsquedas. Cuando mi hijo obtuvo la combinación, obviamente las joyas guardadas comenzaron a disminuir. Sólo cuando las desapariciones fueron más que notorias, mi esposa se refirió al asunto. Lo hizo durante uno de los desayunos que acostumbramos tomar juntos. Era verano. Lo recuerdo porque la mesa estaba puesta en el jardín. En forma sutil, me dijo que no se explicaba cómo habían ido desapareciendo algunas piezas. Añadió que había guardado silencio porque podía tratarse de un error. Pero, en ese momento, estaba segura de que no había lugar para una equivocación. No dijo más. Tampoco esperó una respuesta. Seguimos desayunando. Lo hicimos en silencio. Esa mañana, desde la clínica, llamé a algunos colegas para que me ayudaran. Pensé que, tal vez, tendrían ya una respuesta positiva. Era posible que la ciencia hubiera avanzado en ese campo. Como lo temía, no me dieron esperanzas. Me dijeron que se habían desarrollado algunos métodos de cura, aunque ninguno era totalmente efectivo. Me los explicaron. Era cierto. No hubo uno que me convenciera en forma total. Que mi hijo pasara una temporada en un sanatorio me pareció lo más adecuado. Me propuse tomarlo en cuenta, aunque al final no hice nada concreto por llevarlo a cabo. Resolví que más adelante, cuando la situación se pusiera realmente insoportable, tomaría alguna medida.

Estoy seguro de que mi esposa nunca hizo partícipe a nadie de la tensa situación que se vivía en la casa. No creo que ni siquiera nuestra hija haya sabido toda la verdad. Hasta cierto punto estoy de acuerdo con la actitud que tomó. Pienso que nuestra hija tenía suficiente con sus asuntos domésticos como para cargar encima con otra preocupación. Aunque, tal vez, uno de los motivos por los que mi esposa guardó silencio fue la reacción que nuestro yerno podría tener. Viendo su comportamiento cuando nuestro hijo murió, le doy a mi esposa toda la razón. Mi hija se sintió bastante trastornada con esa muerte. Eso me hizo pensar en que mis hijos habían estado más unidos de lo que yo había supuesto. Presentí algo en la visita que hicimos al zoológico, pero en ninguna otra ocasión noté entre ellos un acercamiento fuera de lo común. Extrañamente, la crisis que le produjo a mi hija la muerte de su

hermano no se hizo evidente sino hasta un mes después del entierro. Fue víctima de un cuadro que motivó que la internaran en una clínica de reposo. Su esposo me visitó apelando a mi condición de médico. Me preguntó si el estado de mi hija no podía guardar similitud con el problema de su hermano. Parecía asustado. Pensó quizá que perdía a su esposa. O tal vez creyó que, por herencia, su familia se iba a caracterizar por mostrar una serie de conductas anormales. No sé qué le habrían contado con relación a la vida y muerte de mi hijo. El caso es que logré calmarlo. En forma oficial, el fallecimiento de mi hijo fue considerado un ataque provocado por las sustancias que él mismo se había suministrado. En otras palabras, quedó tipificado como un caso de sobredosis. La inteligencia de mi yerno parece estar desarrollada sólo para hacer dinero. Me consta que cuenta con un olfato innato para saber dónde puede hacer inversiones y conseguir importantes ganancias. Me asombra cómo, año tras año, mejora aceleradamente su situación económica. Pero pese a que mi hija parece tenerlo todo, reitero que le noto una fuerte insatisfacción. De otra manera, no entiendo por qué rechazó el viaje que su marido le propuso apenas abandonó la clínica de reposo. La idea era olvidar los malos recuerdos y experimentar una segunda luna de miel. Mi hija se negó de manera rotunda a realizar aquel viaje. Puso como pretexto que había perdido demasiadas horas de su curso de fotografía. Eso no deja de ser cierto, le ha tomado un gran apego a la cámara de fotos. Pero no me parece motivo para rechazar una proposición de esa naturaleza. Con respecto a su gusto por la fotografía, me ha pedido que le permita tomarme algunas fotos atendiendo un nacimiento. Aún no le contesto, debe ser porque me causa cierto desagrado que esté presente en la sala de partos mientras estoy trabajando.

Recuerdo claramente la tarde en la que mi hijo murió. Me encontraba en el consultorio atendiendo a una paciente ya mayor, que presentaba un caso de infección incipiente. Le prescribí unos antibióticos. Me acuerdo bien de la receta, porque recibí la llamada de mi esposa cuando la estaba redactando. Me alarmé, porque mi esposa conoce bien mi costumbre de no ser interrumpido mientras trabajo. La enfermera también lo sabe, pero las llamadas de mi casa no están sujetas a esa disposición. Cuando contesté, noté angustia en su voz. Me dijo que se trataba de una emergencia, que nuestro hijo se había puesto mal y que me necesitaba rápidamente en la casa. Luego de colgar, traté de no mostrar síntomas de preocupación frente a la paciente. Proseguí con la consulta como si nada hubiera sucedido. Terminé la receta y luego expliqué el régimen que se debía seguir. Cuando la mujer abandonó el consultorio, llamé a la enfermera para comunicarle que debía dejar por unos momentos la consulta. Le pedí que informara de ello a las pacientes que se encontraban en la sala de espera. Quien lo creyera conveniente, podía concertar una cita para otro día, aunque lo más probable era que no me fuera a demorar. Le pedí también que me preparara el maletín de médico. Dejé mi bata en la sala contigua y me puse el saco de color tabaco que había escogido ese día. Llegué a la casa al cabo de media hora. Estacioné el auto detrás del de mi esposa. En una época a mi hijo también le había comprado un auto, que vendí después del desagradable suceso en la estación de policía. Mi esposa

parecía haber estado atenta a mi llegada. Apenas sintió el motor, salió a la calle. Estaba pálida, y sus movimientos mostraban inquietud. Al verla supe que cualquier cosa podía haber sucedido. Rápidamente, me contó que nuestro hijo había llegado en un estado calamitoso. Aparte de unas rasgaduras en las ropas, lucía varios hematomas en el rostro. Estaba completamente alterado, y no había dejado de pedirle dinero. Mi esposa le había entregado algo, pero nuestro hijo le había exigido más.

Ante la imposibilidad de mi esposa de satisfacerlo, había comenzado a destruir todo lo que encontró a su paso. Adornos y algunos de los ventanales que daban al jardín. Destruyó, asimismo, la pantalla del televisor de la sala que mi esposa había decorado para que nuestros hijos recibieran a sus amigos. Cuando llegué, estaba encerrado en su dormitorio, donde parecía haber proseguido con la destrucción. Desde hacía un rato se había calmado. Al menos mi esposa no había escuchado ningún ruido nuevo. Pasé el brazo por su cuello. De ese modo entramos, juntos, a la casa. Vi que, efectivamente, los destrozos eran importantes. Reconocí algunos restos de las piezas de cerámica del vestíbulo. Varios cuadros habían sido arrancados de la pared para ser arrojados al piso. Seguí solo mi camino hacia el dormitorio. Abrí la puerta sin golpear. Salvo la vez que me llamaron de la estación de policía, nunca había entrado en aquella habitación de ese modo. En medio del desorden encontré a mi hijo sentado en un rincón. Su aspecto era lamentable. En sus manos aferraba un puñado de billetes. Creo que no me reconoció, de otro modo no me hubiera extendido el dinero y pedido que lo ayudara a salir a la calle. Me acerqué con lentitud. No quería alterarlo. Creo que le dije algunas palabras. Algo así como que no se preocupara, que estaba allí para ayudarlo. Me arrodillé a su lado, pero no mostró una reacción perceptible. No parecía sentir mi presencia. Pude, entonces, abrir con facilidad mi maletín y preparar una jeringa con un calmante. Dadas las circunstancias, creí conveniente inyectarle una dosis mayor que la habitual. Para mi sorpresa, la respuesta de mi hijo comenzó a presentarse de manera opuesta a la esperada. Empezó a mostrar síntomas de inquietud. Quiso mover con violencia el brazo donde le estaba aplicando la inyección. Tuve que sujetarlo con fuerza. Poco después entró en convulsiones. Me alejé unos centímetros, y vi cómo el cuerpo de mi hijo empezaba a dar sacudidas en forma metódica. Mi reacción inicial fue envolver en un papel tanto la jeringa como los frascos vacíos. Los guardé luego en el maletín.

Los funerales fueron discretos. Aparte de mi esposa, nadie pareció demostrar un verdadero dolor. Mi hija, como señalé, sólo un mes después se mostró realmente afectada. El cuerpo permaneció todo un día en un velatorio de la zona. Una hora después del fallecimiento, mientras me encargaba de coordinar los pormenores del funeral, empecé a notar con asombro que mi esposa realizaba esfuerzos para sobreponerse al llanto. Me llamó la atención, asimismo, que comenzara a recoger con vehemencia los objetos que nuestro hijo había destruido momentos antes. Parecía tratar de recomponer, a como diera lugar, el orden de la casa. La ayudaba nuestra hija, quien había llegado luego de recibir la llamada que le hice para darle la noticia. Quince días después del sepelio, mi esposa tuvo la idea de reemplazar los adornos

destrozados. Pasó, por eso, la mayor parte de aquella jornada en una serie de tiendas especializadas. Al mediodía me telefoneó. Yo me encontraba en la clínica. Poco después de la muerte de mi hijo decidí suspender, durante algún tiempo, parte de mi actividad profesional, aunque de vez en cuando veía casos de importancia. Mi esposa llamó desde un establecimiento dedicado a regalos de matrimonio. Tenía cierto problema con su tarjeta de crédito. Acudí a la tienda para resolver el asunto personalmente. Cuando, desde la distancia, descubrí la presencia de mi esposa, me detuve un momento para contemplarla sin que lo advirtiera. Nos encontrábamos en una tienda amplia y luminosa. Los pisos eran blancos y estaban immaculados. Ver a mi esposa vestida de luto me causó cierta impresión. Pero al contrario de lo que hubiera supuesto, se la notaba rejuvenecida. Días después del entierro, había visitado un salón de belleza donde había pedido que le emparejaran el corte de pelo y se lo tiñeran de un rubio opaco. No sé si sospechaba lo que realmente había ocurrido en el dormitorio de nuestro hijo. Cuando salí de allí, le dije que su cuerpo debilitado no había resistido la dosis de calmante que acababa de aplicarle. Al instante rompió en un llanto que percibí muy amargo.

La consolé hasta que, de pronto, dejó de llorar. Se alejó luego de mi lado, y me acusó de ser el único culpable. Me recriminó haber actuado siempre como si fuera Dios. No sé qué quiso decir con aquella frase. Tal vez sospechaba que yo había ocasionado esa muerte en forma intencionada. Una acusación de ese tipo hubiera resultado monstruosa. No he hablado del asunto con nadie. Al principio, algunas ideas no deseadas buscaron perturbarme. Eso ocurrió hasta hace poco. Las atribuí al estado de tensión que tuve que soportar a partir del día de la muerte. Pero, desde que cesaron esas ideas, una reconfortante paz interior me acompaña la mayor parte del tiempo. Mi esposa se dirigió luego, mostrando un extraño paso ligero, a la habitación de nuestro hijo. Yo permanecí en la sala acondicionada para que nuestros hijos recibieran a sus amigos. No tardarían en llegar los empleados de la funeraria. Desde allí la escuché hablar con nuestro hijo como si aún estuviese vivo. Lo hacía en forma cariñosa, del mismo modo como lo mimaba cuando era un niño pequeño. Cuando lo dejó, comenzó a arreglar los destrozos sin poder contener las lágrimas. Apenas me vio en la tienda, se me acercó con la tarjeta de crédito en la mano. Luego de algunos trámites, quedó resuelto el problema. La acompañé una media hora más. Una vez que hubo terminado con sus compras, me propuso ir juntos a un restaurante. Rechacé la invitación. Puse como excusa una paciente en una situación delicada. No sé por qué le mentí. En verdad no tenía nada que hacer, y no me hubiera disgustado ir al restaurante en su compañía. Tenía, además, la tarde desocupada. Como dije, en señal de duelo había suspendido las consultas. En esos días precisamente, me había llamado la paciente protagonista de la cura milagrosa. Le tocaba una de sus visitas para comprobar si su cuerpo continuaba sano. Al recibir la llamada, me vino la imagen física de esa mujer, así como la del niño de cabeza un tanto anormal que siempre la acompañaba. Después de escucharla, decidí derivarla donde un colega de mi confianza. Nunca más supe de ella. Como señalé, esa tarde no tenía ningún plan. Pero, quizá para atenuar la mentira que le acababa de decir a mi esposa,

terminé dedicando el resto del día a visitar una casa de citas que en esa época acababa de descubrir.

II

El niño me dijo en el consultorio que, días antes, había pasado el fin de semana en casa de un tío. Aquella casa estaba situada en una pequeña ciudad que se levanta junto al mar. En cierto momento, un mensajero tocó la puerta y, curiosamente, dejó un sobre dirigido a su padre. Al niño le sorprendió que hubieran hecho tal envío a una dirección equivocada. Sin embargo, lo recibió. El remitente había mandado el sobre desde la misma ciudad. Antes de partir, el mensajero le entregó al niño una nota donde se informaba que se devolvía parte del dinero del flete pues el envío había tardado demasiado tiempo en llegar a su destino. El niño leyó con detenimiento el contenido de aquella nota. Le pidió luego al mensajero que le explicara algunos puntos. El asunto consistía en que el remitente había usado un moderno sistema de mensajería, que en caso de tardanza en la entrega reembolsaba un porcentaje del dinero del servicio. En el papel estaba consignada la suma que se encontraba a disposición en la oficina principal. Como se trataba de una cantidad no desdeñable, el niño de inmediato se dirigió donde su tío para contarle lo sucedido. Tuvo algunas dudas en hacerlo, pues imaginaba que los mayores no le iban a dejar cobrar aquel dinero. Ya le había sucedido en otras ocasiones. Fueron sus padres quienes recibieron el premio que obtuvo al abrir una golosina premiada. También la compensación económica que le correspondía cuando encontró una mosca dentro de una botella de refresco sin destapar. Acudió de igual forma donde el tío, quien después de escucharlo revisó el envío y, con un bolígrafo de tinta roja, comenzó a sacar cuentas encima del sobre. Para hacer más eficaz su trabajo, le pidió al niño que le alcanzara la calculadora que tenía guardada en su escritorio. El tío parecía querer hacer los cálculos a la perfección. Dijo que siempre había trucos en esos pagos. A la suma señalada, seguramente se le debían descontar ciertos impuestos de ley o algunos gastos no contemplados. En efecto, concluyó que la cantidad que el niño había pensado recibir estaba muy lejos de lo que en realidad le iban a dar.

Mirando fijamente sus zapatos de deporte, el niño me dijo que le había molestado profundamente que el tío marcara el sobre. Le avergonzó lo que pensarían en la agencia de envíos cuando vieran las cuentas escritas en números rojos. Trató de impedirle que siguiera escribiendo, pero el tío insistió en continuar. Llenó el sobre de cifras, algunas de ellas equivocadas y corregidas por encima. Cuando el bolígrafo falló, el tío tuvo que conseguir otro. La tinta ahora no era roja sino negra. Antes de devolverle el sobre, el tío volvió a leer la nota adjunta y advirtió un hecho fundamental. Notó que el dinero sólo podía cobrarse el mismo día de recibido el envío. Era sábado. Para colmo, ya comenzaba a atardecer. Tal vez no fuera posible reclamar nada. El niño fue hasta el teléfono y tomó el directorio. Buscó el número de la agencia. Lo encontró. Pero cuando levantó el auricular, notó que alguien estaba hablando por la línea. Salió al jardín para hacer tiempo. Regresó. Volvió a descolgar. La

conversación proseguía. Empezó a lamentarse en silencio. Recorrió parte de la casa para seguir haciendo tiempo. Subió al techo y dio vueltas varias veces por la azotea completa. Cuando descolgó nuevamente, le pareció que ya estaba desocupado, pero después de un breve silencio escuchó una voz de mujer. No supo a quién podía corresponder. Tenía que ser de algún integrante de la familia de su tío. Aunque podía tratarse, también, de la voz de una vecina cuyo teléfono estuviera fuera de servicio y hubiera pedido el favor de hablar desde allí. Al niño le pareció que se burlaban de él cuando aquella voz le ordenó que colgara de inmediato.

Sin apartar la vista de sus zapatos, el niño afirmó que lloró. Lo hizo a escondidas. Salió al jardín y se ocultó en una pequeña ermita, donde había una Virgen vestida con un hábito celeste. Trató de comunicarse con ella, de pedirle ayuda para conseguir el dinero que prometía la agencia. Luego de media hora volvió a la casa. Al verlo en aquel estado, uno de los miembros de la familia le preguntó si le sucedía algo. El niño le contó entonces de su urgencia por usar el teléfono. El miembro de la familia le informó sobre ciertos teléfonos públicos que se estaban instalando en la ciudad. Le advirtió que no funcionaban con monedas, sino con unas tarjetas de plástico. Precisamente cerca de la casa, en el malecón de una playa que en verano se llenaba de gente a pesar de su mar embravecido, habían puesto algunas de esas cabinas. El miembro de la familia le sugirió que usara una de las bicicletas del garaje para dirigirse a uno de esos teléfonos lo más pronto posible. Le apuntó además en un papel el número de la agencia de envíos, que por alguna razón sabía de memoria. El niño tomó la bicicleta. La casa estaba ubicada en un barrio donde había un gran parque con muchos árboles sembrados en líneas rectas, lo que le daba al conjunto un aspecto geométrico. Cuando el niño salió de la casa, la tarde estaba avanzada. El sol comenzaba a declinar, lo que le daba toques rojizos a la atmósfera.

El niño señaló que apenas llegó a la playa vio, a lo lejos, las cabinas que le habían recomendado. Estaban pintadas de amarillo claro. El niño apreció que, como siempre, el mar estaba embravecido. Altas olas golpeaban contra la orilla. El cielo se mostraba despejado, por lo que se podía ver el ocaso en todo su esplendor. Recorrió un par de veces el malecón. Los cromos de la bicicleta brillaron mientras pedaleaba. Finalmente, se decidió a llamar desde la cabina más alejada. Dejó la bicicleta asegurada a un poste de luz. Había adquirido antes en una tienda una de las tarjetas requeridas. Presionó los números sin dejar de mirar la bicicleta. No tuvo que esperar mucho para que le respondieran. Le contestó una voz masculina. El niño le contó su caso. La voz, al otro lado, le dijo que no conocían aquella promoción. El niño insistió. El hombre le sugirió que visitara las oficinas para exponer el asunto en forma personal. Le advirtió que tenía tiempo hasta las ocho de la noche. Después de colgar, el niño se acercó al malecón. Se quedó un momento mirando el mar. Luego avanzó hacia la playa. A esa hora todavía quedaban algunos veraneantes. Por diversos sitios había aún algunas sombrillas. El niño caminó sobre la arena y llegó hasta la orilla. Como estaba con los zapatos puestos, no pudo mojarse los pies. Regresó sobre

sus pasos hasta la bicicleta. Destrabó el seguro, subió y se dirigió a la ciudad. El hombre con quien había hablado le dio la dirección de la oficina adonde debía dirigirse.

El niño llegó poco después a una de las calles más transitadas de la pequeña ciudad. Fue cuidadoso con el tráfico. La oficina principal quedaba en los dos primeros pisos de un moderno edificio. A través de las vidrieras se podía ver a los empleados trabajando, vestidos con uniformes azul y rojo. El niño no quiso dejar la bicicleta asegurada a cualquier poste. Desconfiaba de la cantidad de personas que llenaba la calle. Pedaleó, por eso, con energía hasta la casa de su tío. Había decidido dejar la bicicleta y luego volver caminando. La casa del tío no quedaba lejos. Pero cuando tocó la puerta nadie le abrió. Estuvo delante de la entrada principal cerca de diez minutos. Tocó varias veces el timbre y no hubo ninguna respuesta. Pensó trepar por el muro. Al instante abandonó semejante idea. Al final, decidió dejar la bicicleta escondida entre los arbustos que crecían en el jardín exterior. Tuvo cuidado de que las ramas no arañasen la pintura. Se fijó, también, en que nadie advirtiera dónde la escondía. Caminó después, a paso lento, hacia la agencia. Estaba a dos cuadras de distancia cuando un auto se detuvo a su lado. Se trataba de su tío, quien lo invitaba a subir. El tío era dueño de un auto deportivo. El niño trepó y le contó el resultado de sus gestiones. El tío lo escuchó en silencio. Se alarmó cuando el niño mencionó que había dejado la bicicleta escondida entre los arbustos. El auto había puesto rumbo hacia la agencia de envíos pero, de improviso, hizo un giro en la dirección opuesta.

El niño me informó que los postes y los árboles de la calle pasaron al lado con creciente velocidad. Antes de llegar a su destino, estuvieron a punto de tener un accidente. El tío cruzó una avenida principal sin fijarse en la señal de alto. En ese momento circulaba por aquella vía un autobús repleto de pasajeros. Los chirridos de los frenos asustaron al niño, quien se agachó en su asiento con los dedos puestos en los oídos. El tío aceleró para evitar el choque. Siguieron el recorrido sin contratiempos. Ya frente a la casa, lo primero que hizo el tío fue dirigirse a los arbustos que le señalaba el niño. Los removió y encontró la bicicleta tal como había sido escondida. El tío entró a la casa con la bicicleta tomada por el manubrio. El niño se quedó, unos momentos, solo en la entrada. Pensó entonces que quizá los trámites en la agencia se harían más fáciles si llevaba consigo el sobre enviado a nombre de su padre. Recién se dio cuenta de que ni siquiera traía consigo la nota donde se informaba del dinero que se le iba a devolver. Entró en la casa, y a los pocos minutos salió con el sobre y la nota. Caminó cerca de quince cuadras. Cuando llegó a la agencia, pudo reconocer a través de las vidrieras a los empleados luciendo sus uniformes. Su primera acción fue hablar con el recepcionista. Le explicó su caso. Aquel hombre contestó que ignoraba que la agencia ofreciera tal clase de servicio. Le sugirió informarse bien con uno de los empleados que atendía en las ventanillas. El niño debía colocarse antes en una fila. Se puso detrás de una anciana que lucía un atuendo bastante inusitado. Tenía puesto un vestido ceñido, cuya tela reflejaba unos brillos rojizos. Sobre sus hombros llevaba una piel de zorro. Se había hecho, además, un

complicado peinado que adornaba con una corona de metal. Los zapatos eran de tacón aguja y carecían de talón. Al niño se le ocurrió comparar a la anciana con la Virgen que había visitado en la casa de su tío antes de salir. Advirtió rasgos en común con la imagen a la que le había rezado mientras la persona desconocida hablaba por teléfono. Luego de esperar algunos minutos, el niño tocó la espalda de la anciana y le habló de su parecido con la Virgen de la ermita. La anciana lo miró un momento antes de contestar. Un tanto alterada, señaló que no le gustaba semejante comparación. Añadió que detestaba una religión donde la idea principal tenía que ver con un padre condenando a su hijo a ser asesinado. Al ver la reacción de la anciana, el niño le preguntó directamente si conocía el servicio, el de la devolución de dinero por la tardanza en la entrega que ofrecía la agencia. La anciana volvió a mostrar un aspecto sereno y le contestó que no sabía nada de aquello. Le recomendó averiguar desde un teléfono público, para evitar perder más tiempo haciendo la fila. El niño le dijo que ya lo había hecho. Le dio detalles de su visita a la playa. La anciana pareció interesarse por la existencia de aquellas cabinas telefónicas. Le pidió que precisara el lugar exacto donde se encontraban situadas. Cuando el niño lo hizo la anciana señaló que, algunos años atrás, en aquel mismo lugar existía una extensa terraza donde acostumbraba veranear.

La anciana le dijo al niño que aquella terraza había estado construida sobre unos pilotes que se adentraban en el mar. Había en ese entonces sobre ella una buena cantidad de sombrillas pintadas todas de blanco, que los veraneantes alquilaban para disfrutar desde allí la contemplación de la bahía. De acuerdo con lo avanzado de la temporada o según la hora del día, las sombrillas eran movidas levemente. En un rincón existía un bar. Al frente había unas pequeñas escalerillas por donde se podía bajar para bañarse en el mar, pero sujetándose siempre de una soga. El ingreso a la terraza estaba prohibido a niños menores de cinco años. Sin embargo, en cierta ocasión una mujer hizo entrar a escondidas a su hija de dos años y medio. La mujer se acomodó bajo una sombrilla, mientras su hija iba a jugar a la zona donde la terraza formaba unas salientes. Según las explicaciones que dio después aquella madre irresponsable, la criatura era bastante educada y se la podía dejar sin vigilancia por momentos largos. No se sabe bien qué estuvo haciendo la niña durante ese tiempo, si jugando o cometiendo travesuras. El caso es que cayó al mar sin que nadie lo advirtiera. La madre se dio cuenta de la desaparición minutos después. Algunos veraneantes se congregaron alrededor de la desesperada mujer, quien a la vez que miraba al mar llamaba a gritos a la hija. Los administradores de la terraza contrataron, al instante, los servicios de unos pescadores que tenían sus botes anclados en una caleta cercana. La madre se quedó toda la noche esperando alguna noticia. Se mantuvo apoyada en la baranda, mientras los pescadores hurgaban en el mar. El esposo de la mujer llegó poco después de ser avisado de la tragedia. El cuerpo sin vida fue hallado a la mañana siguiente. El mar lo devolvió cuando aparecían los primeros rayos de sol. A partir de entonces disminuyó en forma notable el número de veraneantes. Sin embargo, dos años después el suceso pareció quedar en el olvido. Pese a todo, en esa temporada empezaron a circular

algunos cuentos referidos a la hija muerta. Se aseguraba que durante las noches se aparecía en la terraza. De la madre se afirmaba que había enloquecido. Se decía que había comenzado a quejarse de no tener ya con quién jugar damas chinas en las tardes, pasión que hasta entonces nadie le había conocido. Luego de terminar de contar esa historia, la anciana de la corona le hizo al niño la confidencia de que nunca había podido tener hijos. Era la razón verdadera por la que le había molestado ser confundida con la Virgen. Y era la causa, también, por la que no podía imaginar el proceso por el que habría pasado la madre de la terraza para llegar al estado de locura que le atribuían. Sin abandonar su lugar en la fila, el niño se imaginó a aquella anciana dándole el biberón a una criatura de pocos meses. Apartó esa imagen para fijarse en las ventanillas de la agencia. Los empleados seguían atareados.

La anciana de la corona pareció no tener la suficiente paciencia como para esperar que avanzase aquella fila. La abandonó de pronto, dejando al niño en el último puesto. Como se lo contaría al niño después, en la puerta la esperaba su chofer. La anciana se introdujo, rápidamente, a su auto. Partió al instante. Apenas el vehículo se acercó a la fachada de la casa que habitaba, se levantó la puerta automática del garaje. Dentro la aguardaban un par de asistentas. Le quitaron, con delicadeza, la piel de zorro. Al verla tan cansada le dijeron que había sido una locura que hubiera intentado hacer ella sola los trámites. Para eso estaba el chofer. La anciana había ido a reclamar por un envío de semillas que le habían remitido de la capital hacía cerca de un año. No contestó a las recriminaciones de las asistentas, y salió al jardín techado que poseía. Sin cambiarse de ropa pidió que le alcanzaran sus instrumentos de jardinería. Las asistentas aparecieron con unas tijeras, unos alambres y una gran regadera de latón. La anciana permaneció allí hasta que se hizo de noche. Miró el reloj y vio que eran cerca de las ocho. Pensó que, en ese momento, los negocios estarían en proceso de cerrar sus puertas al público. A esa hora ya se habría definido si el niño que encontró en la agencia había logrado cumplir su cometido. Desde su jardín, la anciana no podía saber que al niño, inmediatamente después de que ella abandonase la fila, se le había ocurrido pedir hablar con el administrador. Averiguó que en el segundo piso trabajaban la mayor parte de los directivos. El problema que se le presentaba era subir sin el permiso requerido. El ingreso a las escaleras estaba controlado. Cualquiera hubiera pensado que era una oficina dedicada a asuntos confidenciales. El niño comprendió que era imposible regresar donde el recepcionista con quien había hablado al llegar, pues ese hombre ya sabía que trataba de obtener un beneficio de la empresa. Examinó la escena y rápidamente se dio cuenta de que la ubicación de ese empleado había sido pensada para que pudiera vigilar todo sin necesidad de moverse de su silla. Si la anciana no se hubiese marchado momentos antes, el niño tal vez le hubiera pedido que lo ayudara. Pero, a pesar de eso, el niño pudo burlar la vigilancia. La evadió gracias a que el cliente que estaba al principio de la fila comenzó a reclamar en voz alta. Parecía que las tarifas postales habían subido el día anterior y aquel sujeto llevaba sólo el dinero exacto para mandar su envío. Reclamaba que no le hubieran advertido antes, pues en la fila había perdido

absurdamente su tiempo. Los empleados trataban de calmarlo, pero aquel tipo se exasperaba sin escucharlos. Finalmente tuvo que intervenir el recepcionista. Fue la ocasión que aprovechó el niño para utilizar las escaleras.

El niño me confesó que subió pensando lo que significaría para cualquier padre cariñoso la pérdida de algún hijo. Parecía haberlo impresionado la historia que la anciana acababa de contarle. Desde que era un bebé de pocos meses, su padre solía llevarlo a la playa. En la mayoría de aquellos paseos había estado presente el mismo tío, en cuya casa se encontraba cuando se recibió el envío a nombre de su padre. En cierta ocasión, el padre y el tío aprovecharon uno de esos paseos para pescar desde una roca. El niño debía esperarlos sentado en la arena. El paisaje tenía algo de especial. La roca que se había elegido para pescar se levantaba completamente redonda. Contaba, además, con una blancura que contrastaba con el verde del mar. La playa donde aguardaba el niño era pequeña. Se trataba en realidad de sólo un recodo situado entre dos farallones. El padre y el tío se alejaron con los aparejos de pesca. Treparon la roca sin dificultad. El niño había llevado un cernidor de arena. Tal como se lo había recomendado su padre, empezó a jugar en la parte seca de la playa. En ningún momento se acercó a la orilla. Sin embargo, parece que nadie previó el cambio de mareas. Dos horas después el agua comenzó a avanzar. El niño se mojó con el agua, que empezaba a llegar tímidamente hasta el lugar donde jugaba. El niño quiso levantarse y correr. Pero el agua seguía avanzando. Entretanto, el padre y el tío se daban por vencidos pues no habían logrado pescar nada. Se preparaban para regresar. El padre miró hacia el mar mientras enrollaba el cordel. Vio, entonces, el cernidor de plástico de su hijo flotando a merced de la corriente. De inmediato arrojó los aparejos de pesca y se echó a correr hacia la playa. Con el agua a la mitad de las piernas, el padre levantó al niño con los dos brazos. Sólo entonces el niño se puso a llorar.

Al mirar el reloj, la anciana ya estaba cansada de los trabajos que estaba realizando. Entró en la casa luego de dejar en absoluto desorden los utensilios que había estado usando. Les pidió a las asistentes que los recogieran. Llamó de inmediato por teléfono a la agencia de envíos. Le contestaron después de una serie de timbrazos. Lo primero que le dijeron fue que acababan de cerrar, aunque todavía podían atender alguna consulta inmediata. La anciana preguntó si se ofrecía el servicio de devolución de dinero en caso de atraso en la entrega de un envío. Sólo después de unos segundos le indicaron que una duda de esa naturaleza sólo podía ser respondida de manera personal. La invitaron para que fuera el lunes a hacer la averiguación. Dejando el auricular descolgado, la anciana se dirigió hacia el garaje de la casa para buscar al chofer. Le ordenó que la llevara, nuevamente, a la agencia. El chofer le dijo que tal vez estaría cerrada, y además que era poco probable que ese día le entregaran sus semillas. La anciana no le contestó. Dijo en voz alta que el asunto de las semillas la tenía sin cuidado. Le pidió a las asistentes que le alcanzaran la piel de zorro que había usado durante la tarde. Antes de colocársela, las dos mujeres dedicaron unos minutos a limpiarle el vestido. Con el trabajo en el jardín, se había ensuciado en

forma considerable. La anciana hizo caso omiso a las recomendaciones para que se lavara las manos. Parecía ansiosa por subir al auto, que el chofer sacaba en ese momento del garaje. El chofer escogió las calles de menor tránsito. Por eso el viaje fue rápido. Sin embargo, cuando llegaron ya estaban apagadas las luces de la agencia. La anciana bajó apenas el auto se detuvo. Se acercó a las vidrieras. Pegó la cara y atisbo hacia el interior. De pronto, una mano la tocó en el hombro. La anciana se volteó y se encontró con el niño de la fila.

El niño quiso hablar, pero la anciana le tapó la boca. Al instante se la destapó, le mostró las manos y le contó todo lo que había hecho desde cuando lo dejó abandonado. Luego lo tomó del brazo y lo llevó al auto. El chofer abrió la puerta y el niño subió seguido por la anciana. Una vez sentados, la anciana se acomodó la corona. Le ordenó después al chofer que se fuera a dar un paseo caminando. Le dijo que no regresara en menos de una hora. El niño comenzó a examinar el interior del auto. Dejó a un lado el sobre y la nota que llevaba consigo. Los asientos eran mullidos. Tanto los controles de las ventanas como los seguros de las puertas eran automáticos. Cuando el chofer desapareció, la anciana le dijo al niño que nunca más había regresado a la terraza donde siempre había acostumbrado veranear. A lo largo de los años, el sol del verano había ido dañando su piel. Por eso había preferido dedicarse a actividades de otro tipo. Comenzó a interesarse por la jardinería bajo techo. Una práctica no muy usual, principalmente por la cantidad de energía eléctrica que se necesita para practicarla. Se dio cuenta de la belleza que eran capaces de ofrecer las flores bien resguardadas de la intemperie —salvadas, más bien, de los salvajes rayos del sol, que solían estandarizarlas haciendo que adquiriesen el típico aspecto de las flores por todos conocido—. Al principio le costó algún trabajo aprender una serie de secretos que después le fueron de mucha utilidad. Tuvo que esperar varias veces los cambios de estación para descubrir las alteraciones que el clima causaba en los espacios cerrados. Aquella rutina duró cerca de tres años. Lo sabía porque fueron tres los inviernos que mataron sus plantas. Ese tiempo se le desdibuja al recordarlo. Ve entre nebulosas a una serie de empleados instalando cientos de focos de luces brillantes. No puede hacer una cronología exacta de los acontecimientos de ese entonces. Entre otras cosas no sabe en qué etapa de su aprendizaje, de su adecuación de unos jardines hasta cierto punto subterráneos, fue trasladada a un centro de salud mental. Allí había otras madres, con quienes sostuvo más de una conversación. Acostumbraban sentarse juntas en un comedor con varias mesas. Pero no todo era armonía en ese lugar. Había ocasiones en que las internas se peleaban por cualquier tontería. Algunas veces el problema era una golosina hurtada, o negarse a tomar las pastillas del mediodía. Cuando se portaban realmente mal, las amenazaban con recluirlas en un cuarto que muy pocas conocían y al que llamaban el Klino.

En esa época la anciana de la corona no se preocupó por los jardines que en el sanatorio quisieron poner a su disposición. Eran jardines al aire libre, con su consabido césped y flores de colores. La anciana prefirió, durante esos días, conversar con las demás mujeres internadas. Una de las internas era una virtuosa de las artes. Llevaba por eso

siempre consigo una carpeta de hojas blancas y tenía también una caja de madera repleta de acuarelas. Esa mujer pasaba la mayor parte del día dibujando a las recluidas. Las engañaba, les decía que les iba a tomar una foto pero en realidad las dibujaba con una velocidad asombrosa. En menos de dos minutos tenía listo cualquier retrato. La mayoría de las internas los colgaban sobre las cabeceras de sus camas. La virtuosa de las artes también cantaba y tocaba la guitarra. A su alrededor se formaba siempre un círculo para oírla. Al principio ninguna conocía las canciones que entonaba. Pero, poco a poco, todas las fueron aprendiendo a la perfección. De ese modo algunas tardes transcurrieron con una rapidez asombrosa. A la hora del crepúsculo debían entrar al pabellón nuevamente y prepararse para dormir.

La anciana regresó a su casa luego de tres meses en el sanatorio. En su ausencia, el esposo había abandonado el hogar. Antes de hacerlo contrató a las actuales asistentas. El chofer de siempre se mantuvo fiel a pesar de las circunstancias. El esposo la visitaba de vez en cuando, sobre todo cuando la anciana debía guardar cama a raíz de uno de sus habituales malestares nerviosos. Aquella rutina duró varios años. Continuó hasta la mañana de verano en que la avisaron que su esposo había muerto durante el sueño. La anciana le explicó al niño que le daba lástima que aquella muerte no le hubiese causado una verdadera tristeza. Ni un asomo de lo sentido la vez en que la niña se ahogó en el mar. De pronto, el niño dejó de inspeccionar el interior del auto y prendió la pequeña luz del techo. Se quedó mirándola fijamente. La corona de la anciana seguía colocada justo en el centro del peinado. En cambio, la piel de zorro se había ladeado ligeramente. Sin apartar la vista de la luz, el niño le dijo que los de la agencia no le iban a pagar lo que le correspondía. Había subido hasta las despachos principales, donde lo había atendido un empleado subalterno que le explicó que era cierta aquella promoción. Había sido pensada para atraer nuevos clientes, pero todavía no había empezado a ser puesta realmente en práctica. El envío que había llegado a la casa del tío se había tratado de un error por anticipación. El motivo principal para no lanzar todavía la promoción era que aún no se habían puesto de acuerdo en si el dinero devuelto se lo debían entregar al remitente o al remitido. La agencia había recibido en esos días algunas llamadas telefónicas pidiendo una aclaración, pero el niño había sido el primero en visitarla personalmente. La anciana quiso consolarlo diciéndole que no se preocupara, que todo se resolvería acompañándola a su casa. Allí le iba a enseñar su jardín. Luego ella misma le entregaría la suma de dinero prometida. Prepararía también algo de cenar y, si lo deseaba, podía quedarse a pasar la noche. Le explicó que como nunca había tenido hijos, le había dado prioridad al área social de su casa. Contaba con extensas salas y terrazas con vista a un inmenso jardín. Por tratarse de una casa antigua, a la cual le habían acondicionado algunos elementos modernos, tanto los baños como la cocina no guardaban relación con el resto de la propiedad. No eran sino pequeños cuartos provistos de ventanas minúsculas.

El niño me contó que no le disgustó la casa de la anciana de la corona. Recorrió la sala y el comedor antes de pasar al jardín. Lo descubrió

precedido por la anciana, quien le habló de cada planta y sobre la manera que tenía de cuidarlas. Permanecieron allí cerca de una hora. Los interrumpió una de las asistentas para anunciarles que la cena estaba servida. Entraron al comedor, donde los esperaba una larga mesa cubierta con un mantel blanco. Sólo había dos sillas, puestas en los extremos. Las asistentas se colocaron detrás de cada una. La anciana caminó resueltamente hacia su lugar. La asistente respectiva la ayudó a instalarse. El niño se dirigió al otro extremo. Se sentó y abrió su servilleta para ponérsela sobre las rodillas. La anciana lo miraba desde su puesto. La corona de metal seguía presidiendo su peinado. La piel de zorro continuaba encima de los hombros. Las asistentas salieron y, a los pocos minutos, regresaron trayendo pequeñas bandejas de plata con dos aguamaniles. La anciana necesitaba, urgentemente, lavarse las manos. Sin embargo, colocó su aguamanil a un lado y se dedicó a mirar cómo se lavaba el niño. Para asombro de los presentes, el niño lo hizo en forma correcta. Durante la cena, la anciana le tomó al niño una especie de examen sobre las plantas que acababa de conocer. Le preguntó principalmente por sus nombres y por la forma de cuidarlas. Después de que el niño contestara correctamente, la anciana comenzó a describir otros lugares donde acostumbraba veranear. No sólo solía acudir a la terraza de la niña ahogada. En cierta ocasión viajó con su marido en barco para pasar la temporada en las playas de otra ciudad. La travesía no fue muy larga. Navegaron tres días. Se embarcaron en una nave de gran calado, que en sus bodegas transportaba incluso ganado vacuno. La segunda mañana a bordo, cuando los pasajeros se encontraban en cubierta disfrutando del sol y de la brisa marina, uno de los marineros gritó a babor que se habían caído dos vacas. La mayor parte de los pasajeros se apresuró a asomarse por las barandillas para observar a las vacas en medio del mar. Estaban, más o menos, a diez metros del barco. Nadaban moviendo las patas delanteras rápidamente. Algunos pasajeros propusieron que el barco se detuviera para rescatarlas. Nadie les hizo caso. Aquel espectáculo duró cerca de quince minutos. Pasado ese tiempo, las vacas no eran sino dos puntos en la lejanía. A esas alturas nadie se atrevía a hablar. Es más, la mayor parte ya había abandonado su lugar de observación. La anciana de la corona dijo que los últimos en retirarse fueron ella y su esposo.

La anciana esperó que el niño acabara con su postre para decirle que iba a mostrarle sus habitaciones. El niño contestó que aún no había decidido si pasar o no la noche en esa casa. Tenía además que pedir permiso. A esa hora estarían preocupados por su ausencia. Estaba en la obligación de llamar a su tío para informarle dónde se encontraba. La anciana le dijo que de ninguna manera. Añadió que ya estaba decidido que se quedara a dormir. Había dado órdenes, tanto a las asistentas como al chofer, para que así fuera. El niño se alarmó, se levantó de la mesa y se dirigió hacia la puerta de calle. Las asistentas lo interceptaron, tomándolo fuertemente de los brazos. Lo llevaron, cargado, hasta el segundo piso. De nada le valieron los gritos que lanzó. Las asistentas eran lo suficientemente fuertes como para controlarlo sin problemas. Haciendo cada vez más presión sobre el niño, lo introdujeron en una de las habitaciones. Se trataba de un cuarto decorado como para una niña pequeña. Había muñecas de distintos

tamaños. También una gran cantidad de animales de peluche. En el centro del cuarto se veía una cama de bronce de cuyo techo caían tules de tonos rosa. En un rincón estaban el sobre y la nota que había dejado en el asiento del auto. Las asistentes cerraron la puerta con llave. El niño se quedó unos momentos sin saber qué hacer. Se acercó luego a la ventana. Quiso abrirla, pero constató que estaba clausurada.

El niño dio vueltas por el dormitorio mientras en voz alta pedía que lo sacaran de allí. Al cabo de una hora, la anciana abrió la puerta. Había cambiado su vestuario. La piel que le cubría los hombros ahora era blanca. La tela del vestido no lanzaba ninguna clase de brillo. La corona también era diferente. Ya no se trataba de una corona de metal, sino que parecía hecha de un material sintético. En sus manos llevaba una pequeña fuente con un vaso de leche y galletas de vainilla. El niño no esperó que la anciana diese más de un paso dentro del cuarto. Corrió contra ella, arrojándola al piso. La anciana cayó de espaldas. Quedó inmóvil, mientras a su alrededor la leche se escurría entre las maderas y las galletas yacían esparcidas en el suelo. La corona rodó hasta quedar al lado de una muñeca de tamaño natural. El niño corrió hacia la calle. No se topó ni con las asistentes ni con el chofer. La casa estaba sumida en un silencio total. Bajó las escaleras, llegó al vestíbulo y abrió la puerta principal. Para su sorpresa, estaba sin llave. La noche se le ofreció en toda su plenitud. El niño corrió las primeras cuadras. Adoptó después un ritmo más calmado. Cuando se encontraba todavía a una considerable distancia, sintió que un auto se acercaba a gran velocidad y se detenía a su lado. Se trataba del auto negro de la anciana. Las puertas se abrieron rápidamente y de su interior bajaron las asistentes y el chofer. El niño iba a comenzar a correr, pero el chofer le ordenó que se detuviese. El niño me confesó que sintió pavor. Obedeció de inmediato. El chofer se le acercó para entregarle el sobre y la nota, que había dejado en la habitación. Le entregó también la cantidad de dinero prometida por la anciana. Luego, tanto el chofer como las asistentes subieron al auto y partieron.

El niño continuó su camino llevando en la mano el sobre, la nota y el dinero entregados por el chofer. Tuvo que recorrer cerca de treinta cuadras para llegar a su destino. Finalmente vio aparecer la casa del tío. Ya estaba amaneciendo. No supo si tocar la puerta o esperar que fuera día declarado para hacerlo. Temía que al despertar a los habitantes se agravara aún más su situación. Decidió sentarse cerca a los arbustos, donde horas antes había escondido la bicicleta. Miró el cielo. Las estrellas seguían aclarando la noche. Pensó en su madre, desahuciada por la ciencia médica. Se la imaginó antes de su enfermedad. Contenta y llena de vida. El cambio era notable. Aparte de los cuentos y de las historietas que le leía, ahora no tenía ánimos para ninguna otra actividad. Su físico tampoco era el mismo. Lo más llamativo era la creciente caída del cabello. Era extraño que los fines de semana lo confiara al cuidado del tío, pues los otros días no se apartaba ni un minuto de su lado. El niño creía que, tal vez, quería consagrar a su padre los últimos fines de semana que le quedaban con vida. Amaneció sin que el niño se diera cuenta del momento exacto en que los objetos se comenzaron a iluminar. Siguió sentado cerca de una hora más, junto al

sobre garabateado con las cuentas hechas por encima. La nota y el dinero los tenía guardados en el bolsillo. Esperó hasta que el tío abrió la puerta del garaje y salió con la manguera para regar el jardín. Apenas lo vio, el tío mostró una actitud de sorpresa. Creía que el niño dormía en la cama que le acondicionaban para pasar los fines de semana. El niño le dijo que después contestaría a sus preguntas. Entró a la casa sin dar explicaciones. El tío quiso seguirlo, pero el chorro de agua que en ese instante empezó a salir de la manguera hizo que se detuviese. Comenzó a regar el jardín como si nada hubiera sucedido. Cuando esa tarde su padre lo fue a recoger, el niño le entregó el sobre garabateado pero no le preguntó por su madre ni le dijo nada acerca de su visita a la agencia de envíos. Tampoco de la existencia de la anciana de la corona. Salieron a la calle en silencio. El tío se asomó por la ventana del segundo piso para despedirlos. Agitó la mano y luego desapareció en el interior de la casa. Después de caminar una cuadra, el niño comenzó a hablar.

